

“LA HISTORIA I LA NOVELA” (1874), DE MIGUEL LUIS
AMUNÁTEGUI: NOTAS CRÍTICAS SOBRE UN CAPÍTULO
IGNORADO DEL *TRADICIONISMO* CHILENO¹

Eduardo Aguayo Rodríguez
Universidad Católica de la Santísima Concepción
eaguayo@ucsc.cl

Historiador, legislador, profesor, ministro de Estado, hombre de prensa, Miguel Luis Amunátegui (1828-1888) encarnó ejemplarmente en Chile la figura del letrado decimonónico hispanoamericano, ese sujeto de voluntad omnímoda que se propuso construir un orden social y simbólico capaz de superar la herencia de un pasado generalmente percibido como lastre –legado colonial de fanatismo, ignorancia y barbarie– por medio de la potencia de la palabra y sus múltiples efectos en el orden social y cultural de las nacientes repúblicas. Es esa la imagen que los anales de nuestra historia política y literaria nos han legado de él: primero, como el brillante discípulo de Bello y Lastarria que antes de cumplir los veinte años ya era profesor de Humanidades en el Instituto Nacional; luego, junto a su hermano Gregorio, como precursor de la moderna historiografía nacional, a la par de Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) y Diego Barros Arana (1830-1907); al mismo tiempo, como un activo promotor de la ilustración pública, sobre todo a través de su extenso y prolífico trabajo de colaboración en los más importantes diarios y revistas culturales de la época; finalmente, como un adelantado en la guerra política librada contra los sectores conservadores a fin de expandir y profundizar la secularización de la vida civil del país. Revisar la suma de su obra debería llevarnos a suponer, en consecuencia, que nada en el campo de las letras le fue ajeno; sin embargo, un aspecto de su escritura ha solido faltar en el recuento de su ejercicio como humanista. Nos referimos, por supuesto, al lugar que ocupan el artificio y la ficción en su extensa producción escritural, y más precisamente, a las múltiples relaciones que Amunátegui buscó establecer entre el recuento objetivo y verídico de la historia y la imaginación narrativa, dominada por la pasión y el artificio. El propósito de estas notas es avanzar en nuestra comprensión sobre esta relación problemática

¹ Este texto presenta resultados del proyecto de investigación FONDECYT N°11170327, del cual el autor es Investigador Responsable.

en la escritura del literato chileno, transversal, como veremos, a su proyecto letrado, aunque todavía muy poco explorada por la crítica especializada. Para ello, esbozaremos algunos antecedentes relevantes a fin de situar esta preocupación en el contexto de su producción bibliográfica, para luego comentar el particular acercamiento que el autor propone sobre este tema en un artículo no examinado hasta el momento por la crítica, “La historia i la novela”, publicado por el diario *El Ferrocarril* el 11 de enero de 1874.

Una breve revisión de la bibliografía de Amunátegui nos revela, para comenzar, que desde temprano sus reflexiones sobre el valor social de la escritura histórica estuvieron íntimamente ligadas a los aspectos formales de tal tarea, lo que nos da un primer indicio sobre lo importante que será para el historiador pensar cuáles aspectos del pasado merecerían ser considerados como históricos o ‘historiables’ y sobre todo a través de qué procedimientos discursivos debería realizarse tal proceso. En este sentido, ya en 1848, mientras colaboraba en la *Revista de Santiago* dirigida por Lastarria, un joven Amunátegui buscaba llamar la atención acerca de los modos de representación necesarios para dar cuenta cabal de un contenido histórico a su juicio injustamente marginado: el de los miedos y los deseos humanos. El momento en que surge esta reflexión es, como sabemos, muy significativo, por cuanto corresponde a los años finales de la polémica que enfrentó públicamente a los partidarios de una ‘filosofía de la historia’, con José Victorino Lastarria como líder, con los seguidores de la historia narrativa, encabezados por Andrés Bello². En este contexto, Amunátegui se pliega a la postura *ad narrandum* desde el mismo epígrafe de Bello que emplea como apertura de su texto: “La historia que embelesa, es la historia de los contemporáneos, i mas que todas la que ha sido escrita por los actores mismos de los hechos que en ella se narran” (Amunátegui *Memoria* 108). La analogía entre ‘historia’ y ‘actuación’, apelación evidente al tópico del *Theatrum mundi*, servirá, en este caso, como validación

² La controversia —iniciada tras la publicación, en 1844, de *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile*, de Lastarria— ha sido largamente comentada desde los estudios histórico, literarios y culturales, que han visto en ella la confrontación de dos concepciones opuestas en relación al proyecto de nación a desarrollar en el marco del pos-coloniatje. Sobre este punto, recordemos, a modo de comparación esquemática, que la manera filosófica de “hacer historia”, tal como fue entendida por Lastarria y sus seguidores, abogó por un estudio crítico del pasado desde una posición fundamentalmente universalista, a fin de identificar y desarticular las continuidades históricas del sistema colonial, perfeccionando, de esta forma, un proceso revolucionario que se consideraba incompleto. La escuela narrativa defendida por Bello, por su parte, privilegiaba un acercamiento documental al pasado, enfatizando la necesidad de consolidar un conocimiento detallado de este con el objetivo de determinar su contribución a la formación de una particular identidad nacional. Para una revisión crítica actualizada sobre esta polémica, véase Pas (2010).

retórica y epistémica a una facultad operativa que, desde la perspectiva de Amunátegui, subyace a todo discurso histórico:

el poder resucitar los hombres del pasado, para volverlos a poner en escena, en el teatro de la historia [asumiendo] de este modo su verdadero carácter, esto es, llega[r] a ser la representación en carne i hueso, por decirlo así, de los individuos que intervinieron en la suerte de las naciones, i no una exposición fría i desnuda de toda pasión (109).

No deja de sorprender que el recuento del pasado revelado por esta historia (re) encarnada tuviese, para el autor, un explícito valor correctivo, ya que, capturados por la fascinación que despiertan los hechos heroicos del ayer –como sucedía en el caso de la Independencia de Chile, que cita a modo de ejemplo– Amunátegui concluía que los historiadores de su generación habían deshumanizado el estudio del pasado al abordarlo de modo parcial o imperfecto, descuidando la cara menos grave y seria de la historia, “su parte ridícula, porque la tuvo, como todo lo que pertenece al hombre” (120). La verdad que aspira registrar esta historia dramática y pasional solo será posible de establecer, por lo tanto, si se incluye en su recuento el extenso campo de experiencias vitales desplegado más allá del campo de batalla, al amparo de la intimidad, donde los héroes podrían, por fin, (re)presentarse “despojados de su traje de ceremonia”.

Casi cuatro décadas después, un consagrado Amunátegui profundizaría los planteamientos de su juventud en un breve texto titulado “Historia. Algo sobre el modo de escribirla”, publicado en 1884 por los *Anales de la Universidad de Chile*. Desde su ya conquistada posición de notable en el campo de las letras chilenas, y en una suerte de mirada retrospectiva sobre su propia carrera, el historiador parte por lamentar la extendida opinión de quienes todavía sostenían –a su juicio– que la historia “ha de contar solo la vida pública de los personajes, pero nunca la vida doméstica o privada” (Amunátegui, *Modo* 371), lo que en la práctica significaba expulsar de su recuento “los escándalos lícitos o ilícitos, las travesuras, las intrigas, los ardides de los pretendientes, los enredos de la política, etc., etc.” y sobre todo “las aventuras galantes o amorosas” (Ibidem). Retomando su juicio acerca de la fría desnudez de una historia que no logra ser ‘verdadera’ tanto en su contenido como en sus modos de representación, y esta vez menos comedido en sus apreciaciones, Amunátegui critica el predominio que ha alcanzado en las letras chilena la difusión de una historia “seca i fastidiosa, sin el menor soplo de vida, en que los individuos i los pueblos se [distinguen] unos de otros solo por los nombres, como puede espermentarlo perfectamente (para no salir de nuestro país) el que lea la *Historia física i política de Chile* por don Claudio Gay” (371-72). Este modo de narrar el pasado resultaba a su juicio inaceptable, ya que una historia concebida desde esta óptica “ni instruye ni divierte” y además fracasaba en el objetivo que el mismo historiador había declarado como el fundamento de toda operación historiográfica: “la resurrección más completa del pasado que se pueda lograr” (372).

Sugerentemente, a fin de lograr esta transmutación del cuerpo inerte de la historia en relato vivo y presente, Amunátegui postuló como modelo la escritura de un novelista, William M. Thackeray, al cual citó extensamente para ejemplificar lo que, en síntesis, constituiría su paradigma de escritura histórica: “la historia familiar más bien que heroica”³ (Ibídem, 373). Se trataría, en este sentido, de una historia capaz de desplazar la preeminencia de lo mayestático para incluir en su lugar lo vulgar, registrando virtudes y vicios, grandezas y flaquezas “no solo con los personajes mas o menos encumbrados, sino también con los mas vulgares i los mas humildes”, aunque justificando esta inclusión con la finalidad declaradamente pedagógica de su producción discursiva, puesto que “lo que se necesita conocer es la sociedad misma en todas sus manifestaciones” (Ibídem, 374).

En este contexto, “La historia i la novela”, principal objeto de estas notas, no solo nos provee de otro momento en esta línea reflexiva desarrollada en torno al pasado, los modos de su representación y su valor en función del presente que lo convoca, sino que además su lectura permite adentrarnos en el particular contexto editorial y cultural que condicionó su publicación, contexto cuyas circunstancias, nos parece, exigen un examen detallado. En efecto, publicado, como decíamos en un comienzo, por el diario *El Ferrocarril* el domingo 11 de enero de 1874, el artículo inauguró una serie de textos breves de temática colonial que fueron publicados sucesivamente casi cada domingo⁴ en la sección titulada “Literatura Nacional”, asignada por lo común a

³ La cita corresponde a la introducción de *The history of Henry Esmond, esq., written by himself*, novela histórica del autor inglés escrita en 1852. El mismo Thackeray reflexionó en *The Newcomes* (1855) sobre la práctica historiográfica no solo entendida como *preservación*, sino que también como *restauración*, *resurrección* y en último término como *distorsión* del pasado, formas distintivas de representación que Amunátegui en efecto emplea para exponer los límites entre historia y ficción. Para un examen más detallado de este asunto en la obra del autor inglés, véase Gilmore (2012).

⁴ De los 46 artículos contabilizados, sólo cuatro fueron publicados en días hábiles.

la portada del periódico⁵. La serie se extendió hasta el domingo 13 de agosto de 1876, alcanzando un total de 46 artículos, agrupables en tres en periodos de trabajo⁶.

De los 39 artículos, que abarcan los primeros dos periodos, trece fueron seleccionados y posteriormente publicados en forma de libro bajo el título de *Narraciones históricas* (1876), que incluyó además dos textos especialmente preparados para la publicación. La edición del libro, de 408 páginas impresas en octavo menor⁷, fue impulsada por José Santos Valenzuela⁸, quien parece haber visto una interesante

⁵ Recordemos, brevemente, que *El Ferrocarril* fue uno de los diarios más populares de la segunda mitad del siglo XIX chileno, alcanzando en su momento de mayor circulación un tiraje de 14.000 ejemplares (Subercaseaux *Historia de la cultura* 342). Renovador de las tradicionales estrategias editoriales que definían los modos de posicionamiento mediático de su época, *El Ferrocarril* se constituyó progresivamente en un periódico informativo, articulando un perfil más bien neutro en materia política, en el sentido de “tomar cierta distancia con el acontecer político inmediato y más bien [centrarse] en generar debates sobre temas y problemas relacionados con la construcción de un país moderno” (Santa Cruz 81), en el contexto del desarrollo de un diarismo que Ossandón (1998) califica de *raciocinante*, por oposición a la prensa fuertemente doctrinaria que la precedió y que agotó gran parte de su función social en la defensa de posiciones político-partidarias. La postura abierta a la discusión que ofreció *El Ferrocarril* a la esfera pública se sostuvo, en parte, por su decisión de solventar su producción a través del aviso comercial, práctica que le permitió actuar con cierta independencia del financiamiento político directo y las consecuentes presiones que por este medio se ejercía sobre las líneas editoriales de la prensa de la época. Esto le permitió dar amplia difusión a las distintas ideas y consignas que constituyeron la emergencia del ideario liberal en el país, animando la confrontación sobre una serie de temas polémicos, entre los cuales destacaban el rol de la Iglesia en la vida civil, la emergencia de la llamada “cuestión social” o el modo de llevar a cabo la ocupación definitiva de la Araucanía, escenario de una centenaria resistencia anticolonial que, de diversos modos, se mantiene hasta el día de hoy.

⁶ El primer grupo lo conforman 18 artículos publicados entre el 11 de enero de 1874 y el 13 de junio de 1874; el segundo incluye 21 artículos publicados entre el 13 de diciembre de 1874 y el 4 de julio de 1875; finalmente, el tercero comprende 7 artículos publicados a partir del 30 de enero de 1876, terminando en algún momento del segundo semestre de ese año, con un texto consignado en la bibliografía del autor que no ha sido posible localizar.

⁷ Es decir, en un formato que modernamente llamaríamos “de bolsillo”. Agradezco al profesor Roberto Osses por esta oportuna observación.

⁸ Miembro fundador de la *Sociedad de la Igualdad*, José Santos Valenzuela fue director de la *Sociedad Tipográfica de Santiago*, constituida en 1853 y reorganizada bajo el nombre de *Sociedad Unión de los Tipógrafos de Santiago* en 1868, tras un periodo de intensa persecución política contra sus líderes. A partir de 1865, Santos se adjudicó el derecho de reimprimir y publicar las memorias históricas escritas para la Universidad de Chile, enfocándose en una primera serie que abarcó el periodo histórico comprendido entre 1810 y 1831, trabajo en el cual participó Benjamín Vicuña Mackenna en calidad de compilador. Significativamente, el impresor manifestaba a las autoridades universitarias: “una vez terminada esta serie, me res-

oportunidad comercial en estas “salerosas e interesantes historietas que, de cuando en cuando, Miguel Luis Amunátegui ofrecía a los lectores de los periódicos” (Amunátegui Reyes 58). En efecto, el considerable tiraje de la publicación, que alcanzó los 1000 ejemplares, evidencia el enfoque relativamente masivo que Santos Valenzuela dio a este proyecto, si situamos esta cifra en la realidad de un contexto editorial aún en proceso de consolidación. Sobre este punto, bástenos con recordar que a fines de la década de 1870 el mercado del libro en Chile dependía prácticamente en su totalidad de la importación, limitándose la industria editorial local a publicar “ediciones que rara vez sobrepasaban los 500 ejemplares” (Subercaseaux *Historia del libro* 88). En este sentido, “La historia i la novela” introduce al lector en un proyecto narrativo que no solo llevará a cabo la visión de Amunátegui sobre el modo adecuado de representar el pasado, sino que además posicionará su lectura en un ámbito de circulación protomasivo y popular.

Visto en perspectiva desde los dos modos que dominaron el campo historiográfico del siglo XIX, el programa narrativo que traza el artículo de Amunátegui se presenta como una síntesis del romanticismo narrativo promovido por Bello y el ilustrado pragmatismo político del enfoque Lastarriano. Sobre esta última influencia, podemos notar que desde sus primeras líneas el texto enfatiza el rol ilustrado que el estudio de la historia cumple en tanto que instrumento subordinado al desarrollo del bien público, cuestión que justifica su integración específica a “los campos que recorre la inteligencia y que cultiva la pluma” (*La historia i la novela*, s/n), junto al resto de saberes y técnicas que progresivamente van complejizando el campo científico-cultural de la época. Es un uso político del pasado, que permea una considerable parte de los artículos publicados en *El Ferrocarril*, escritos, según la lectura de Barros Arana, para “explicar las ideas i preocupaciones de otra época y i establecer las ventajas que ha reportado la civilización moderna i las que deben esperarse todavía de la reforma completa de las viejas instituciones” (380); resulta, sin embargo, evidente que todo el peso de la argumentación estará situado en demostrar que la historia contiene, en su inagotable arsenal de anécdotas, “el jermen fecundo de agradables o conmovedoras ficciones para el solaz de los hombres” (Amunátegui *La historia i la novela*, s/n), postulando el valor de su ejercicio desde una perspectiva que no restringe sus intereses lectores y autorales a las necesidades puramente instrumentales de la política.

Resulta destacable, en este sentido, la escena de lectura que Amunátegui despliega para proponer el modo específico de acceso al pasado que el texto en cuestión —y la serie que seguirá a partir de esta introducción— ofrecerá al público del diario, a

ervo continuar la publicación de las memorias relativas al coloniaje que ya se han dado a luz o que se den hasta la época en que termine la presente” (Santos 882), antecedente que deja en claro su interés por promover la circulación masiva de este tipo de lecturas.

través de un conjunto determinantes –gusto, diversión, curiosidad, placer, entretenimiento– que insisten en la valoración social de unas historias cuya circulación pública se legitima por la fruición que provoca su consumo. Lecturas dominicales, hasta cierto punto desvinculadas de la urgencia contingente dada su periodicidad semanal, los artículos de Amunátegui disputaron el tiempo asignado a otras formas ritualizadas de lectura –ejemplarmente, las lecturas religiosas– configurando un momento de ocio privado pero no por ello exclusivo, en la medida en que permitían que “un individuo cualquiera, sentado muellemente en una silla, o recostado en un sofá, pueda, sin hacer movimiento alguno, visitar las comarcas más lejanas durante el periodo antiguo o moderno que más le plazca” (Ibídem).

Sugerentemente, este cuadro contrasta con aquel que enmarcaba la introducción de uno de los trabajos más significativos del Amunátegui historiador, la voluminosa obra *Los precursores de la Independencia de Chile*, publicada en tres tomos entre 1870 y 1873, es decir, justo antes del corpus del texto que nos ocupa. Recordemos que en esa ocasión el autor declaraba el mérito de su obra ante sus lectores, en parte, apelando al pesado trabajo que la lectura del pasado demandaba a quienes, como él, aspiraban a desentrañarlo, incluso desde sus mismos aspectos materiales:

Es preciso haberse puesto a estudiar esos papeles medio borrados, medio podridos, que despiden un olor particular, i que dejan en las manos un polvo delgado i pegajoso, para comprender todo el fastidio de un trabajo semejante.

Esos legajos cubiertos de telarañas, i no tocados por nadie en una larga serie de años, producen a menudo la impresión de despojos estraídos de una sepultura.

I adviértase que ni con mucho todos ellos tienen siquiera algún mediano interés.

Sucede con frecuencia que después de haberse empleado quizá horas en descifrar una letra parecida a jeroglífico, lo que llega a leerse a costa de tanta fatiga es enteramente insignificante (Amunátegui *Precursores* 7).

En el reverso de esta escena, los breves artículos que Amunátegui publicaría semana a semana en *El Ferrocarril* buscaron funcionar como dispositivos de mediación cultural, conectando la memoria que conforman los arduos archivos coloniales –a los cuales el autor accede gracias a la excepcionalidad de su status como *letrado*– con el dinámico flujo de la prensa moderna y su temporalidad. De esta forma, la escritura de la historia pasó a constituirse en parte de esas “discursividades impresas” (Poblete 99) que permitieron cerrar la distancia entre una lectura socialmente percibida como “masculina” –productiva, racional, aristocrática, seria– y una lectura moderna, mesocrática, proto-masiva, fácil, incluso peligrosamente frívola, percibida, en términos genéricos, como “femenina”, tal como ha demostrado Juan Poblete para la segunda mitad del siglo XIX chileno. El mismo Barros Arana ofrece, en este sentido, un testimonio de que

esta percepción fue efectiva entre los lectores contemporáneos al autor, cuando apunta que “[a]lguna vez hemos oído decir que estos cuentos eran indignos de un escritor de la altura de Amunátegui, no porque carecieran de mérito literario, sino porque no era propio de un hombre serio el escribir relaciones seminovelescas” (380).

Lo anterior nos lleva a considerar un segundo punto en cuestión, vinculado a la función del registro histórico en la consolidación de las prácticas literarias de la época. Sobre este tema, en su artículo Amunátegui no sólo se muestra a favor de promover entre los jóvenes escritores un uso literario de la historia a partir del modelo establecido en su época por la novelística de Walter Scott, postura previsible si consideramos el amplio impacto que la obra del escocés tuvo no solo en los escritores sino que también en los mismos historiadores del siglo XIX, quienes llevaron a cabo una verdadera “revolución metodológica” bajo su influencia, redefiniendo el campo historiográfico moderno (Jablonka 62). En efecto, más allá de la estricta recreación de lo histórico, el texto de Amunátegui avanza por una ruta ciertamente excéntrica, incorporando elementos de orden romántico –“lo raro, lo extraño, lo inverosímil”– como parte de un repertorio ficcional que extendió en la práctica los límites del realismo cultivado por los literatos liberales a partir de 1850 (Cf. Subercaseaux *Nacionalismo*). Sobre este punto, es importante señalar que fue precisamente el carácter altamente sugestivo de estos episodios –“históricos” ya no por su carácter ontológicamente verificable sino solo en la medida en que procedían de un registro materialmente “factual”: el archivo, con sus crónicas, sus cartas, sus actas, etc.– lo que relegó estos textos a los márgenes del programa de veracidad comúnmente asociado al discurso del historiador, vinculándolos estrechamente con un proceso mayor que, nos parece, corresponde en líneas generales al desarrollo de la ‘tradicición’ como forma específica de representación del pasado⁹.

⁹ En relación a la noción general de *memoria* como representación del pasado, Tzvetan Todorov (2002) propone la categoría de “tipos discursivos” a fin de distinguir prácticas simbólicas y sociales con las que lo lejano en el tiempo se hace presente, actualizándose. De las tres figuras claves que Todorov destaca –la del testigo, la del historiador y la del conmemorador–, es esta última la que resulta especialmente adecuada para caracterizar la representación del pasado propuesta por la ‘tradicición’, en la medida en que, situado a medio camino entre el discurso del testigo, que “reúne sus recuerdos para dar una forma, y por lo tanto un sentido, a su vida y construirse así una identidad” (155), y el discurso del historiador, que opera en la creencia que reconstruye y analiza el pasado “eligiendo como principio regulador y horizonte último no ya el interés del sujeto, sino la verdad impersonal” (156), el discurso del conmemorador se caracterizaría por la adaptación de las voces del pasado a los temores y deseos que impone el presente colectivo, produciendo para ellos imágenes simplificadas pero persuasivas del pasado “a fin de procurarnos ídolos para venerar y enemigos para aborrecer” (159).

Recordemos, sobre este punto, que *Narraciones históricas* ha sido considerada, junto a un grupo más bien heterogéneo de textualidades, como parte de la expansión continental experimentada por la *tradicción* peruana de Ricardo Palma¹⁰, percepción crítica consolidada a partir de la década de 1970 gracias al trabajo de Estuardo Núñez sobre el desarrollo de este género en Hispanoamérica. Esta impresión era compartida ya por los contemporáneos del afamado tradicionista peruano, como lo ilustra la confesión del político y escritor chileno Julio Bañados Espinoza, quien, durante una breve estadía en el Perú mientras viajaba al exilio tras la Guerra Civil de 1891, señalaba en su “Prólogo” a las *Últimas tradiciones* del escritor peruano:

sólo en Chile, conozco más de diez literatos que han cultivado esta clase de trabajos. Miguel Luis Amunátegui ha publicado un volumen con el nombre de *Narraciones*; Benjamín Vicuña Mackenna ha reunido diversos estudios con iguales tendencias; Manuel Concha ha dado a luz sus *Tradiciones serenenses*; y al oído, y hasta con cierto pudor, diré al lector que, en mis mocedades, también he publicado algunas leyendas que pertenecen a esa misma familia literaria (1906, 22).

En efecto, el mismo Palma se encargó de informar a sus lectores –no sin un dejo de ironía– sobre el éxito masivo que tempranamente alcanzaron sus relatos en el circuito letrado hispanoamericano, al declarar en el “Prologuito de ordenanza” que abre la cuarta serie de sus *Tradiciones*:

¹⁰ Cuatro son los nombres comúnmente asociados al eventual despliegue del ‘tradiccionismo’ en el campo literario chileno: Manuel Concha (1834-1891), con sus *Tradiciones serenenses* de 1874, resultaría el caso más evidente de un proceso de recepción imitativo, dada la semejanza que sus textos exhiben con rasgos que caracterizan la escritura del autor peruano: sentido del humor de raigambre popular, estilo castizo y sobre todo temáticas territorialmente situadas; Justo Abel Rosales (1855-1896), con *Historia y tradiciones del puente de Cal y Canto*, de 1888, representaría el límite final de este proceso, abordando la micro-historia del popular barrio santiaguino; entre ambos momentos, y desde la vereda del conservadurismo católico, Enrique del Solar (1844-1893) publica a partir de 1874 sus *Tradiciones i leyendas*, ligadas hasta cierto punto con el indianismo literario y consideradas, en general, como la expresión más novelesca que este estilo alcanza en el país; finalmente, y enfrentado retóricamente a del Solar, cerraría la lista Miguel Luis Amunátegui, con la colección de textos ya citada. Para una revisión histórica de las distintas lecturas críticas que han ido perfilando este corpus cerrado de autores, consúltense Silva (1934), Latorre (1971), Montes y Orlandi (1963), Pérez (1973), Zamudio (1973), Núñez (1979), Viu (2007) y Eltit (2014).

Yo sé, pues me lo dicen a porfía/ órganos cien, que el género en que escribo/ en América diome nombradía./ Sé que, como da frutos el olivo,/ya hay de tradicionistas epidemia,/ que cultivan la vid que yo cultivo (1894 [1877], VIII).

A pesar de esta percepción, a Palma debemos también una de las primeras aclaraciones respecto de los límites que condicionarían la efectiva expansión de una forma narrativa que, desde su perspectiva, contaba ya con suficientes características distintivas para constituirse en un género propio. En efecto, en una carta fechada el 5 de Julio de 1875 y dirigida al escritor argentino Juan María Gutiérrez, el peruano se mostraba atento al desarrollo editorial del tradicionismo en Chile, conocedor del volumen de Enrique del Solar y del mismo Amunátegui, sobre el cual agregaba que “[a] pesar de su gran talento Amunátegui, en mi concepto ha escrito novelas y no tradiciones” (citado en Díaz 2012, 8). No es esta la ocasión para ahondar en el alcance de esta apreciación. Anotemos simplemente que, si bien puede resultar exagerado pensar los breves relatos de Amunátegui en términos de novela—sobre todo si la contrastamos con modelos narrativamente más complejos, como la novela realista o ‘de costumbres nacionales’, que va consolidando su presencia en Chile a partir de la década de 1860—la marcada predilección temática que estos textos exhiben por conflictos pasionales de todo tipo, unido a su evidente desarrollo melodramático y el uso de un lenguaje fundamentalmente sensacionalista, acercan su escritura al ámbito de lo novelesco percibido como lectura popular, no edificante, ociosa o, como ya vimos, ‘femenina’. Justo Abel Rosales, cronista y bibliógrafo de Amunátegui, apuntó certeramente a este rasgo de la escritura del historiador: “Se ha dicho que Amunátegui gustaba por distracción publicar historietas de amoríos más o menos verosímiles. Pero yo afirmo que lo hacía por satisfacer una verdadera pasión[...]: el conocimiento del corazón humano hasta sus fibras más recónditas” (13-14).

Finalmente, con el objetivo de cerrar los argumentos desarrollados en este texto inaugural, “La historia i la novela” provee al lector con un ejemplo que demuestra las múltiples facetas del proyecto histórico-ficcional planteado: una historia de lujuria, alienación y muerte protagonizada por un devoto esposo que arruina su vida y la de su casta esposa, paradójicamente, por su excesivo celo religioso. La anécdota, ambientada en Potosí en 1657, fue extraída del Tomo II, Libro IX, Capítulo 10 del libro *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, escrito alrededor de 1735 por Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela¹¹, y establece en la práctica una diferencia fundamental que puede observarse

¹¹ La *Historia* de Arzáns circuló en Potosí como manuscrito hasta el siglo XIX, y solo fue posible editarla e imprimirla a mediados del siglo XX a partir de una copia adquirida en París en 1905 por el coronel George E. Church y donada a la Universidad de Brown tras la muerte de su dueño, en 1910. Sabemos que, hacia 1702, el cronista potosino preparó un primer esbozo de su *Historia* con el título de *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, editado e impreso

entre la obra de los tradicionalistas chilenos –sobre todo en los casos de Amunátegui y del Solar– y los textos de Palma: el carácter cosmopolita de las fuentes empleadas por los primeros, versus el estricto carácter nacional del tradicionalismo peruano. Apuntemos brevemente que esta tendencia convivirá, en el caso de Amunátegui, con un conjunto de relatos ambientados en la guerra de Arauco, lo que marca una inflexión nacionalista en esta serie de textos. Este giro resulta, a nuestro juicio, funcional tanto al proyecto historiográfico romántico de Bello como al proyecto político de expansión económica y territorial llevada a cabo por los gobiernos liberales durante el último tercio del siglo XIX chileno, actualizando un pasado a través de tramas narrativas que enfatizan el enfrentamiento feroz entre “civilizados” y “salvajes”, en un presente todavía dominado por los acontecimientos de la llamada ‘Pacificación de la Araucanía’, lo que confirma la tesis de Barros Arana sobre la función política de estos textos; sin embargo, la cantidad de artículos que desarrollan esta temática es menor si la comparamos con la profusión de textos ‘pasionales’, lo que avalaría en último término la tesis de Rosales sobre este corpus textual.

En conclusión, “La historia i la novela” constituye un valioso documento de época por el entramado de relaciones que condensa la lectura de sus breves líneas, como hemos querido demostrar con los antecedentes desarrollados en estas notas. No solo nos entrega el programa narrativo y ficcional de un autor asociado al campo de lo histórico que intenta, por este medio, conciliar las dos corrientes dominantes a la hora de pensar los vínculos que ligan presente y pasado en Chile, sino que además evidencia la resonancia local de un proceso literario de alcance continental –el tradicionalismo– desde la particular articulación editorial y mediática que define la emergencia de los primeros públicos masivos y populares en Chile, en un momento de profundas transformaciones políticas y culturales.

Sin perjuicio de lo anterior, al valor documental de este artículo quisiéramos proponer otro, vinculado a las necesidades del presente: la perspectiva histórica que este texto puede aportar al actual debate en torno a las formas de representación de nuestra memoria cultural, diálogo crítico cuya urgencia se ve refrendada por el interés social que han despertado las escrituras testimoniales y de divulgación histórica en los últimos años. En este sentido, “La historia y la novela” se sumaría a una posición autoral de larga, que sin prejuicios ha entendido la historia –o la Historia– nacional como uno de

en París en 1872 por Vicente de Ballivián y Roxas. Este texto incluye la anécdota referida por Amunátegui, aunque reducida a sus elementos narrativos básicos; sin embargo, los detalles referidos en el texto del chileno sólo se encuentran desarrollados en la *Historia*, por lo que es posible suponer que el historiador tuvo acceso a alguna copia manuscrita disponible en Chile durante el siglo XIX, hipótesis que ha sido planteada pero que no ha podido ser comprobada hasta el momento (Cf. Hanke XLV).

los géneros literarios más populares de nuestra tradición letrada. Fenómenos editoriales recientes –como la cuestionada *Historia secreta de Chile*, de Jorge Baradit– dan cuenta de la vitalidad de este modo de leer y escribir nuestro pasado colectivo. A partir de esta base, se vuelve pertinente investigar este proceso doblemente marginado –tanto por los estudios literarios como por la historiografía ‘seria’–, identificando los temas, procedimientos y propósitos que le otorgan continuidad y consistencia; señalando los variados caminos que sigue su desarrollo, sus transformaciones históricas, sus contradicciones y rupturas, e interpretando estos rasgos a la luz de los intereses, deseos y temores que han movilizad su producción, circulación y recepción hasta nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA

- Amunátegui, Miguel. *Narraciones históricas*. Santiago: Imprenta Nacional, 1876.
- . “La historia i la novela”. *El Ferrocarril*. (1874) S/N.
- . “Memoria de los hechos más notables ocurridos en la revolución de la República de Chile. (Obra Inédita)”. *Revista de Santiago*. Tomo Segundo (1848): 108-120.
- . “Historia. Algo sobre el modo de escribirla”. *Anales de la Universidad de Chile*, 65 (1884): 371-376.
- . *Los precursores de la Independencia de Chile*. Tomo Primero. Santiago: Imprenta Barcelona, 1909.
- . “Los hermanos Amunátegui y sus amigos a través de la correspondencia epistolar”. *Anales de la Universidad de Chile* 109-110 (1958): 47-89.
- Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé. *Historia de la Villa Imperial de Potosí. Tomo II*. Lewis Hanke y Funnar Mendoza (eds.). Providence: Brown University Press, 1965.
- Bañados, Julio. “El tradicionista Ricardo Palma”. *Mis últimas tradiciones*. Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1906: 19-27.
- Barros Arana, Diego. “Don Miguel Luis Amunátegui”. *Obras completas de Diego Barros Arana. Tomo XIII. Estudios biográficos*. Santiago: Imprenta Barcelona, 1914: 259-422.
- Díaz, Pedro. “La deuda con Palma”. *Humanidades y Lenguas Modernas*, 15 (2012): 7-12.
- Gilmore, Dehn. “The Difficulty of Historical Work in the Nineteenth-Century Museum and the Thackeray Novel”. *Nineteenth-Century Literature*, 67, 1 (2012): 29-57.
- Eltit, Bernardita. *Configuraciones de lo colonial chileno: la narrativa de Justo Abel Rosales*. Santiago: Editorial Universitaria, 2014.
- Jablonka, Iván. *La historia es una literatura contemporánea: manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2016.
- Latorre, Mariano. “El cuento en la literatura chilena”. *Memorias y otras confidencias*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1971.
- Montes, Hugo y Julio Orlandi. *Historia y antología de la literatura chilena*. Sexta edición, Santiago: Editorial Del Pacifico, 1963.

- Núñez, Estuardo. “Prólogo.” *Tradiciones hispanoamericanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979: IX-XLI.
- Ossandón, Carlos. *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas*. Santiago: LOM Ediciones, 1998.
- Palma, Ricardo. “Prologuito de ordenanza”. *Tradiciones peruanas. Tomo II*. Barcelona: Montaner y Simón Editores, 1877: 177-178
- Pas, Hernán. “La escritura de la Historia: polémicas entramadas en el cuerpo de la patria (Lastarria, Bello, Sarmiento y Alberdi)”. *El hilo de la fábula* 8-9 (2008/2009): 116-131.
- Pérez, Floridor. “Prólogo”. *Tradiciones serenenses. Tomo I* (pp. 7-12). Santiago: Editorial Nascimento, 1975.
- Poblete, Juan. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2002.
- Rosales, Justo. *Bibliografía del literato D. Miguel Luis Amunátegui*. Santiago: Imprenta de La Libertad Electoral, 1888.
- Santa Cruz, Eduardo. *La prensa chilena en el siglo XIX. Patricios, letrados, burgueses y plebeyos*. Santiago: Editorial Universitaria, 2010
- Santos, José. “Reimpresión de las Memorias universitarias sobre la Historia Nacional”. *Anales de la Universidad de Chile*. XXV, 6 (1864): 881-882.
- Silva, Raúl. “Cuentistas chilenos del siglo XIX”. *Anales de la Universidad de Chile*, 15 (1934): 106-119.
- Subercaseaux, Bernardo. “Nacionalismo literario, realismo y novela en Chile (1850-1860)”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 9 (1979): 21-32.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Vol. I*. Primera edición. Santiago: Editorial Universitaria, 2011.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario*. Tercera edición. Santiago: LOM Ediciones, 2010.
- Todorov, Tzvetan. *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*. Trad. Manuel Serrat Crespo. Barcelona: Ediciones Península, 2002.
- Viu, Antonia. *Imaginar el pasado, decir el presente: la novela histórica chilena (1985-2003)*. Santiago: RIL Editores, 2007.
- Zamudio, José. *La novela histórica en Chile*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1973.